

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

41. ¿VERNA TAMBIEN...?



“**S**on las cinco horas treinta minutos —dije al grabador—. Intentaré hacer un resumen de los hechos registrados en las últimas tres horas treinta minutos, como complemento del material contenido en los otros dos casetes...”

La grabación a través de la tela de mi bolsillo había resultado bastante defectuosa, pero podía entenderse en general. En la soledad del Cuarto Azul, corridas las cortinas y echada la llave de la puerta, prolongaba la intimidad nocturna cuanto me era posible.

Cuando Kurt Vodde bromeó acerca de la licantropía, Sandor había negado rotundamente la posibilidad de admitir hechos sobrenaturales. Al comentar que toda leyenda contenía elementos de verdad, aclaró, no quiso en modo alguno significar que aceptase otras realidades que las del universo físico. El caso de Vlakkar, alias Loki, según dijo, se explicaba a la perfección sin salirse de unas coordenadas absolutamente lógicas. Psicosis con fijación ancestral, expresó, además de efectos somáticos secundarios, debidos a la acción de una hormona sintética a base de hidroxiprolinas y factores colágenos aislados a partir de sangre de lobo.

Me dio la impresión de que no era del todo sincero; que buscaba apabullar a Vodde con una terminología deliberadamente técnica. No podía saber si estaba diciendo la verdad, en definitiva. No obstante, de ser una treta dio resultado, porque el otro perdió algo de agresividad.

Cuando volvimos al castillo, hice lo posible por quedarme a solas con Sandor Bathory. Había un par de puntos que tenía interés en que me aclarase.

(Todos estos sucesos, como los subsiguientes, los fui narrando con la mayor objetividad de que fui capaz, para que constasen en la cinta.)

—**L**AMENTO que haya presenciado estos entretelones, viejo —me dijo Sandor, recobrada en parte su habitual jovialidad—. Ya ve cómo hasta la sangre más azul puede contener gérmenes, ¿eh?

—¿De veras están a merced de ese sujeto?

—Hay que concederle cierto dominio de la situación, al menos.
—¿Se va a salir con la suya, entonces?
—Tiene buenas cartas... Usted ya vio algunas.
—¿Pero es cierto que puede amenazarlo con el peso de la ley? ¿No me dijo usted mismo que hasta estos parajes “no llega la ley común”?
—No lo hace... espontáneamente —repuso él—. Pero se la puede obligar a venir. El tal Vodde es influyente en Bucarest, y...
Me mordí una uña, hábito en que caigo sólo en casos extremos.
—Ya veo... Inclusive podría alegar incompetencia del barón, a más de prácticas ilegales de parte de usted y adueñarse del castillo por ese medio. —Levanté la vista hacia Sandor—. Sea franco: ¿hay base para acusaciones de ese tipo?
—¿Se refiere a mi trabajo?
—Su primo me dijo que era... secreto.
—Y así es. Pero no es un secreto *mío*.
—¿Daría pie a...?
Sacudí la cabeza.
—Es perfectamente legal. Investigaciones relacionadas con la exploración del espacio. Pantropía... ¿Le dice algo el término?
—No. Pero por ahora me basta con su afirmación de que no se trata de nada delictuoso. ¿Y qué pasa con su primo, el barón?

S ANDORladeó la cara, para mirarme de frente con el ojo sano.
—No le entiendo.
—¡Vamos! La alusión de Vodde fue clara: “Me tendrá al tanto de cualquier tratamiento que le aplique a Vlakkar..., o al barón”.
—Muy perspicaz, mi amigo.
—Pero tengo razón, ¿no es así?
—Ajá —asintió, frunciendo los gruesos labios—. *Ferenc Bathory también heredó el estigma familiar*.
—¿Incompetente...?
—No del todo. Sufre accesos esporádicos... Por eso me tenía tan preocupado el asunto de las estatuitas y del licor drogado que le hizo tomar a usted.
—Entonces —insinué—, eso de que es un hombre prisionero...
—Su obsesión. Diferente de la de Vlakkar, pero igual de enajenante... Quizás haya genes enfermos que continúen reapareciendo una y otra vez en cada descendiente de los Bathory —movió la cabeza, sombrío—. Quizás todos estén fatalmente condenados a una u otra forma de locura...
Un pensamiento repentino me cortó el aliento. ¡El mismo Sandor era también un Bathory! Y había asumido algunas actitudes tan singulares en ciertos momentos...
La palidez me cubrió como una escarcha impalpable.
“¡Verna!”, pensé. ¡Dios del cielo! ¿Acaso ella *también*...?

(Continúa)

¡UNA ANGUSTIOSA PRESUNCIÓN HIELA EL CORAZÓN DE HÉCTOR POLETTI!... ¿ACASO VERNA NADASDY SERÁ PARTÍCIPE DEL ESTIGMA FAMILIAR?... ¿SU ESCULTURAL BELLEZA ES LA CÁSCARA DE UN ESPÍRITU ENFERMO?... SIGUE: “UNA AMENAZA” Y “RESULTADOS SORPRENDENTES”... DOS CAPÍTULOS DE ESCALOFRIANTE IMPACTO EMOCIONAL!... ¡VUELVA A ESTE SITIO, SI DESEA ENTERARSE DE NUEVAS E INESPERADAS REVELACIONES Y ESTREMECERSE CON MÁS SECUENCIAS DE TERROR!...

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com